# EL FARMACÉUTICO DE AUSCHWITZ

## La historia jamás contada de Victor Capesius

PATRICIA POSNER

CRÍTICA

PATRICIA POSNER

# EL FARMACÉUTICO DE AUSCHWITZ

## La historia jamás contada de Victor Capesius

Traducción castellana de
María Teresa Solana

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2019

*El farmacéutico de Auschwitz. La historia jamás contada de Victor Capesius*
Patricia Posner

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Pharmacist of Auschwitz. The Untold Story*
Publicado originalmente en Reino Unido en 2017 por Crux Publishing Ltd.

© Patricia Posner, 2017
Todos los derechos reservados

© de la traducción, María Teresa Solana, 2017
Diseño de interiores: Grafía Editores

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-158-8
Depósito legal: B. 18630 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico
y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

*Introducción* . . . . . 11
*Prefacio*. . . . . 15

Capítulo 1
«El tío farmacéutico» . . . . . 19
Capítulo 2
La conexión Farben . . . . . 23
Capítulo 3
I.G. Auschwitz . . . . . 31
Capítulo 4
Capesius hace su entrada . . . . . 37
Capítulo 5
Bienvenido a Auschwitz . . . . . 49
Capítulo 6
El dispensario . . . . . 57
Capítulo 7
«Conocer al demonio» . . . . . 67
Capítulo 8
«El veneno de Bayer» . . . . . 77
Capítulo 9
«Un olor ambiguo» . . . . . 81
Capítulo 10
Los judíos húngaros . . . . . 89
Capítulo 11
Oro dental . . . . . 99
Capítulo 12
Un final inminente . . . . . 105

CAPÍTULO 13
Bajo arresto automático . . . . . 111
CAPÍTULO 14
«¿Qué crimen he cometido?» . . . . . 123
CAPÍTULO 15
Nadie sabía nada . . . . . 149
CAPÍTULO 16
Un nuevo comienzo . . . . . 159
CAPÍTULO 17
«Inocente frente a Dios». . . . . 167
CAPÍTULO 18
«La banalidad del mal». . . . . 183
CAPÍTULO 19
«No tenía el poder para cambiarlo» . . . . . 197
CAPÍTULO 20
«Perpetradores culpables de asesinato» . . . . . 205
CAPÍTULO 21
Burócratas sin inspiración . . . . . 211
CAPÍTULO 22
«No es motivo de risa» . . . . . 217
CAPÍTULO 23
El veredicto . . . . . 231
CAPÍTULO 24
«Todo fue una pesadilla» . . . . . 241

*Epílogo* . . . . . 249
*Agradecimientos* . . . . . 253
*Bibliografía escogida*. . . . . 257
*Notas* . . . . . 263

## Capítulo 1
# «El tío farmacéutico»

Mayo de 1944. Auschwitz, el gran templo del genocidio nazi a escala industrial, operaba a toda su capacidad. En un delirante clímax en su guerra para erradicar a los judíos europeos, el Tercer Reich había emprendido la deportación de ochocientos mil judíos húngaros a las cámaras de gas de Auschwitz. El lugar que se convertiría en el sinónimo del asesinato en masa luchaba por seguir el paso al flujo de nuevas víctimas. Este era el caótico escenario al que llegaron Mauritius Berner —un médico rumano—, su mujer y sus hijas. Los Berner y ochenta de sus vecinos judíos procedentes de la Transilvania controlada por los húngaros llegaron justo antes del amanecer, después de una tortuosa jornada de tres días hacinados en un vagón para ganado.

«Fuera, quitaron las cerraduras y cadenas, y se abrió la puerta», recordaría Berner más tarde. «Había enormes cantidades de maletas, miles de piezas de equipaje en un desorden inimaginable.»

Una falange de tropas de las SS con perros pastor alemán que ladraban añadía un contorno surrealista al telón de fondo de unas luces cegadoras.

«No podía entender dónde estábamos, qué había ocurrido, el porqué de ese panorama de devastación total. Cuando miramos hacia delante entre los dos pares de vías del tren, pudimos ver dos chimeneas industriales que arrojaban grandes llamaradas, columnas de fuego… Al principio tuvimos la impresión de estar en una estación que había sido bombardeada…, aquellas inmensas columnas

de fuego que salían de las chimeneas me hicieron pensar que habíamos llegado a alguna fundición o a la entrada del Infierno de Dante.»

A pesar de su miedo, el doctor Berner tranquilizó a su esposa e hijas: «Lo más importante es que los cinco permanezcamos juntos… no permitiremos que nadie nos separe».

En ese momento un oficial de las SS se detuvo ante ellos.

—Los hombres, a la derecha; las mujeres, a la izquierda.

«En un instante me alejaron de mi mujer e hijas», recordaba Berner. Avanzaron arrastrando los pies, en dos líneas paralelas separadas por apenas unos metros.

—Ven, querido, besa a las niñas —gritó su esposa.

«Corrí hacia ellas. Besé a mi esposa y a mis hijas con lágrimas en los ojos y la garganta cerrada por la aflicción; miré los ojos de mi esposa, grandes, tristes, bellos y llenos de miedo a la muerte. Las niñas observaban en silencio y seguían a su madre. No podían entender lo que estaba pasando.»

Un soldado empujó a Berner a la fila de los hombres. Tras unos cuantos minutos otro gritó: «Los doctores fórmense aquí». Berner se unió a un pequeño grupo que se congregaba cerca de varios camiones de la Cruz Roja. Desde ahí observó a un capitán de las SS de aspecto impecable que usaba unos guantes blancos y estaba de pie frente a los miles de recién llegados que se extendían a lo largo de unos cuatrocientos metros. Cada vez que uno se acercaba, el oficial de las SS hacía un gesto con el pulgar a la izquierda o a la derecha, volviendo a dispersar a la multitud. Solo más tarde Berner supo que ese oficial era Josef Mengele y que ser enviado a la izquierda significaba una sentencia de muerte inmediata.[1]

De pie, unos pasos detrás de Mengele, estaba otro oficial de las SS, un hombre bajo y fornido, que daba la espalda a Berner. Dirigía a los prisioneros después de que Mengele hubiera hecho la selección. En un momento, el oficial se giró. Berner estaba sorprendido; movía la cabeza y se restregaba los ojos para asegurarse de que no estaba equivocado. El comandante de la estación terminal de Auschwitz era ni más ni menos que Victor Capesius, un farmacéutico de la ciudad natal de Berner.

En la década de 1930 Capesius había sido un agradable representante de ventas de I.G. Farben, el gigantesco conglomerado quí-

mico e industrial alemán. También vendía medicinas para la subsidiaria farmacéutica de Farben, Bayer.[2]

«Una vez que empezó la guerra le perdí la pista», recordó Berner, «hasta que mi familia y yo llegamos a Auschwitz. ¿Y quién estaba ahí? El mismo doctor Capesius».[3]

Berner se abrió paso con lentitud y quedó lo suficientemente cerca para que Capesius pudiera escucharlo. Las palabras brotaron veloces.

—¿Me recuerda? —Le rogó a Capesius que le permitiera reunirse con su esposa, su hija de doce años y las gemelas de nueve años.

—¿Gemelas? —Capesius pareció interesado.

Capesius y otro médico de las SS, el doctor Fritz Klein, recobraron a la esposa de Berner y a sus hijas. Llevaron a la familia a Mengele, que estaba totalmente concentrado en las largas hileras de nuevos prisioneros.

Klein habló a Mengele de las gemelas.

Mengele estaba obsesionado con secuestrar gemelos para sus experimentos. Pero, puesto que la guerra recientemente había dado un vuelco en contra del Tercer Reich, sabía que ya no podría darse el lujo de apoderarse de cada par de gemelos que llegara.

—¿Idénticos o mellizos?

—Mellizos —respondió Klein.

—Después —lo ignoró Mengele—. No tengo tiempo en este momento.

—Tendrán que reincorporarse a su grupo —le dijo Capesius a un sollozante Berner—. No llore. Su esposa e hijas solo tomarán un baño. Las volverá a ver en una hora.[4]

Berner fue, en realidad, enviado a un subcampo de trabajos forzados de Auschwitz. Solo después de la guerra supo que su familia había sido gaseada una hora después de su llegada.

Otros dos reconocieron a Capesius en la rampa de selección ese mismo día. La doctora Gisela Böhm, pediatra, y su hija de veinticuatro años, Ella, habían llegado en el mismo tren. Ella había reconfortado a las gemelas de Berner durante la espeluznante travesía. Ambas estaban sorprendidas de ver a Capesius en la estación.

La doctora Böhm también conoció a Capesius cuando era vendedor de Bayer. Había administrado una farmacia en Schässburg,

su ciudad natal, y adquiría medicinas para su esposo, también médico. En una ocasión, incluso les mostró una película promocional de Bayer.[5]

Ella tenía gratos recuerdos de Capesius; cuando tenía doce años, su padre se lo había presentado como su «tío farmacéutico». Él le había dado una libreta de Bayer como regalo. «Estaba orgullosa de mi libreta de Bayer», recordaría años después. «Presumía de ella en la escuela.»[6] A veces Capesius se relajaba con su familia en una piscina pública, y Ella recordaba que él había «sido agradable conmigo».

Cuando Ella lo vio, su primer pensamiento fue que él podría ayudar a su madre y a ella a separarse de los otros miles. Pero no pudo llamar su atención. «¿Qué hace aquí?», se preguntaba. «¿Qué hace un farmacéutico en un lugar desolado como este?»[7]

Capítulo 2

# La conexión Farben

La respuesta a la pregunta de Ella no era sencilla. Para entender lo que un farmacéutico como Capesius hacía en Auschwitz es necesario conocer primero cómo el campo mismo llegó a existir como un centro de lucro para la experimentación médica, el trabajo forzado y el exterminio; el engendro mortal de una asociación militar, industrial y política entre los nazis e I.G. Farben, la compañía más grande de Alemania. Para Capesius en particular, eso era más que solo cuestión de entender la oscura historia que condujo a Auschwitz. Antes de la guerra, Capesius trabajaba para Farben y su subsidiaria farmacéutica, Bayer. Era una afiliación que realzaba su posición entre muchos nazis que trabajaban con él en el campo.

Interessen-Gemeinschaft Farben (Sindicato de Intereses Comunes Farben) se fundó en diciembre de 1925, solo ocho años antes de que Hitler se convirtiera en canciller de Alemania. Seis compañías químicas y farmacéuticas líderes se fusionaron para conformar el enorme conglomerado. Entre ellas se encontraban los fabricantes de tinturas más grandes del mundo: Bayer, Hoechst, BASF y Agfa.[1]

En los catorce años desde su fundación hasta principios de la segunda guerra mundial, Farben hizo alarde de un récord de cuatro premios Nobel en Química y Medicina. Tenía virtualmente el monopolio de patentes innovadoras en la vanguardia de la manufactura de materias primas sintéticas, incluidos caucho y petróleo, así como revolucionarios fármacos para tratar la sífilis y la malaria,

patentes de morfina y novocaína, e incluso los derechos exclusivos sobre la aspirina como analgésico. Farben también se vanagloriaba de la investigación de vanguardia sobre miles de productos extremadamente diversos, desde el endulzante artificial, la sacarina, hasta potentes gases venenosos y prometedores combustibles para cohetes. Sus 250.000 empleados estaban mejor pagados y mejor cualificados que los de la competencia. En un tiempo récord, con su compleja red de sociedades y subsidiarias, Farben se había convertido en la mayor compañía química del mundo y en el cuarto conglomerado industrial más grande, pisándole los talones a General Motors, US Steel y Standard Oil. Era, por un margen muy amplio, la empresa alemana más rentable.[2]

Incluso antes de que Hitler llegara al poder, él compartía una sólida creencia muy extendida en Alemania: el país había perdido la primera guerra mundial porque poseía pocos de los recursos naturales necesarios para sostener una campaña militar prolongada. Sus industrias vitales se paralizaron virtualmente durante la guerra porque un bloqueo naval británico estranguló las líneas de abastecimiento, impidiendo que el caucho, el petróleo, el acero y los nitratos llegaran a Alemania. Esto resultó en una persistente escasez de todo, desde pólvora hasta combustible, lo que restringió a Alemania en los campos de batalla. Básicamente, fue la carencia de materias primas junto con la generalizada hambruna entre la población civil lo que quebrantó la voluntad alemana para combatir.[3]

Hitler, que fue condecorado en la primera guerra mundial, estaba convencido de que el país tenía que ser autosuficiente militarmente. Las tecnologías de Farben le ofrecían una oportunidad única para reconstruir Alemania y dejar de depender de otros países para tener petróleo, caucho y nitratos. Pero el matrimonio entre los dos, los emergentes nacionalistas de derechas y la monolítica compañía, fue accidentado desde muy temprano. Ello se debía a que muchos de los mejores científicos de Farben, y cerca de un tercio de la dirección, eran judíos. Por tanto, había un elemento esquizofrénico en la danza de apareamiento entre Farben y el Tercer Reich. La literatura nazi y los comentaristas denigraban a Farben como un «instrumento del capital financiero internacional», palabras cla-

ves para la perspectiva nazi de que una pequeña camarilla judía controlaba y manipulaba los mercados financieros y las industrias mundiales. Algunas veces se ridiculizaba a Farben como I.G. Moloch, un dios canaanita en honor de quien se sacrificaban niños. Con ello se intentaba evocar la milenaria calumnia de que los judíos mataban a los bebés cristianos y utilizaban su sangre en rituales religiosos. El semanario virulentamente antisemita *Der Stürmer* publicaba viñetas de «Isidore G. Farber», una caricatura ofensiva en la que parecía una mezcla de Shylock y una prostituta.[4]

Algunas de las críticas más severas se dirigían a las divisiones farmacéuticas de Farben, ya que habitualmente empleaban animales de laboratorio para probar sus medicamentos. Sorprendentemente, los nazis eran activistas comprometidos con los derechos de los animales y Hitler era un vegetariano que esperaba algún día eliminar de Alemania los mataderos. Los nazis aprobaron incluso leyes para proteger a los animales de los cazadores, prohibieron su utilización en películas o circos y proscribieron los carniceros *kosher*. Alemania fue el primer país que ilegalizó la vivisección. El castigo para los experimentos de laboratorio con animales era el confinamiento en un campo de concentración, y, en algunos casos, la pena de muerte. Uno de los principales científicos médicos de Farben, Heinrich Hörlein, argumentó que la experimentación con animales era decisiva para probar con seguridad los medicamentos que salvaban vidas. Los nazis pensaron que esa opinión era, sencillamente, una evidencia más de que Farben era «una organización internacional judía».[5]

Carl Bosch, el químico premio Nobel que dirigía la compañía, no era un admirador de Hitler. Bosch consideraba a los nazis poco más que pequeños matones que no sentían ningún aprecio por la innovación científica, que era la espina dorsal de Farben. Pero a medida que Hitler empezó a escalar en el poder, Bosch supo que la compañía tenía que transformarse de un extraño poco fiable en un socio indispensable.[6] Entonces Bosch abrió las arcas de Farben y se convirtió en el mayor patrocinador financiero en las elecciones de 1933, en las que Hitler obtuvo cerca de seis millones de votos y solidificó su posición como canciller.[7] Bosch también envió a Ber-

lín al secretario de prensa de Farben, alguien que presumía de sólidos contactos con los nazis, para defender el hecho de que la dirección de la compañía estaba compuesta en su mayoría por «hombres cristianos que se habían hecho a sí mismos».[8]

Hitler, entretanto, puso un intenso interés personal en las patentes de Farben de petróleo sintético. Cuando se reunió con dos altos directivos, el *Führer* los sorprendió al decirles que Farben se encontraba en el núcleo de sus planes para hacer de Alemania un país autosuficiente.[9] Cuando a fines de 1933 Bosch y Hitler sostuvieron una conferencia de alto nivel, al principio los dos se sintieron identificados, ya que ambos compartían la pasión por un programa intensivo para lograr la independencia energética. Pero la reunión terminó con una nota amarga cuando Bosch planteó su creciente preocupación por la acelerada exclusión de los judíos de las ciencias por parte de los nazis. Bosch fue categórico. La química y la física sufrirían un retroceso de cien años si Alemania obligaba a sus científicos judíos a irse. Eso enfureció a Hitler: «Entonces trabajaremos cien años sin física ni química», gritó.

Esto colocó a ambos en un conflicto. Ese año los nazis habían aprobado la Ley Habilitante, que confería a Hitler autoridad para proscribir a los judíos del ejercicio de la ciencia y la tecnología, enseñar en las universidades, desempeñar empleos en los servicios públicos y proporcionar servicios al gobierno. Contra el consejo de sus colegas, Bosch continuó haciendo campaña a favor de los científicos judíos. Por ello, no es de extrañar que Hitler no volviera a aceptar coincidir en la misma habitación que Bosch.[10]

Tal vez los nazis hubieran desmantelado una empresa con menos poder e influencia, pero Hitler y sus secuaces sabían que necesitaban el conocimiento y músculo de Farben. Por tanto, a principios de 1937 hicieron lo único que podía ser aceptable para el Tercer Reich: Farben fue «nazificada». Robert Ley, un químico de la Bayer, se convirtió en ministro nazi encargado del Frente de Trabajo Alemán. Todos los funcionarios judíos fueron despedidos. Un tercio de su consejo supervisor de directores fue expulsado a la fuerza de sus oficinas y se les prohibió cualquier contacto con la empresa. Los científicos judíos que dirigían las divisiones de investigación fueron apartados y reemplazados sumariamente.[11] Para el momento en

que los judíos fueron eliminados de los puestos más altos de Farben, Carl Bosch se había convertido en el presidente honorario de la firma, una posición con poca influencia (cuando murió, tres años más tarde, entre las garras del alcohol y la depresión, pronosticó a sus médicos que Hitler conduciría Alemania a la destrucción).

En julio de 1938, cuando el Tercer Reich decretó que un solo judío en la dirección hacía una «empresa judía», las tensiones y traiciones entre los nazis y Farben eran historia. Muchos directivos de la empresa se habían convertido en miembros del partido nazi y algunos incluso se habían unido a las SS. Farben solicitó con éxito un certificado que atestiguaba que era una «empresa alemana» en total cumplimiento de las leyes raciales.[12] Para demostrar cuán en serio se tomaba la dirección convertirse en una empresa aria, Farben incluso despidió a 107 jefes de departamento que trabajaban en las divisiones internacionales fuera de Alemania.[13] Además, Farben había convertido exitosamente su empresa filial I.G., de propiedad totalmente estadounidense, en uno de los medios de espionaje nazi en Estados Unidos más efectivos. Al poseer las empresas Agfa, Ansco y General Aniline, sus «vendedores» conseguían de todo, desde fotografías de instalaciones militares secretas hasta copias de estrategias clasificadas del ejército y la fuerza aérea.[14]

La anexión de Austria en marzo de 1938 por parte de Hitler proporcionó la primera evidencia de que la sociedad Farben-Tercer Reich estaba en pleno apogeo. En el lapso de unas semanas, Farben había tomado el control de Skodawerke-Wetzler, la mayor empresa química de Austria, en la cual la preeminente familia de banqueros europea, los Rothschild, tenía participación mayoritaria. Farben trasladó técnicos y directivos arios, pues todos los judíos que ocupaban puestos altos fueron expulsados a la fuerza (Isador Pollack, el gerente general de Skoda, fue literalmente pateado hasta la muerte por una pandilla de tropas de asalto nazis).[15]

La toma de Skoda se convirtió en el patrón que se empleó en otros países víctimas de la agresión de Hitler. En 1938, durante un enfrentamiento entre Alemania y Checoslovaquia, Farben empleó la amenaza de una invasión nazi para comprar Aussger Verein, la mayor compañía química checa, a precio de saldo. Para cuando

los nazis iniciaron su guerra relámpago en Polonia, el 1 de septiembre de 1939, Farben ajustó sus lealtades al interior del Tercer Reich para maximizar sus botines de guerra. Antes de la guerra, el jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring, había sido el mayor defensor de Farben. Cuando Polonia cayó ante los nazis, Farben se alió más estrechamente con el jefe de las SS, Heinrich Himmler, que ostentaba el máximo poder cuando se trataba de la venta de compañías y propiedades. Ello permitió que se apoderara de las tres empresas químicas y de colorantes polacas más importantes.[16]

En junio de 1940 los nazis habían conquistado Bélgica, Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Luxemburgo, y asombrosamente habían puesto de rodillas a Francia después de un feroz asalto de seis semanas. Muchos altos directivos de Farben recordaban con amargura que los franceses habían exigido, después de la primera guerra mundial, enormes reparaciones de parte de la industria alemana. Más aún, la industria química francesa había sido durante mucho tiempo el mayor competidor de Alemania. Las empresas francesas pronto fueron arianizadas y, a través de una sociedad controladora, Farben se apoderó de la preciada industria química francesa.[17]

Las ambiciones del conglomerado crecían a la par que las victorias alemanas en los campos de batalla. Los directores trazaron planes para desmembrar las industrias no solo de los países ocupados, sino de conquistas futuras, incluyendo la neutral Suiza, después de los aliados de Alemania, Italia y la Unión Soviética, e incluso Gran Bretaña y Estados Unidos. Para entonces la compañía suministraba un asombroso 85% de los insumos militares que los nazis empleaban en sus esfuerzos bélicos.[18]

La caída de Francia marcó el cenit del éxito militar alemán. Aunque los nazis llevaron a cabo una implacable guerra relámpago aérea contra Inglaterra, los británicos permanecieron indoblegables. Entonces, Hitler ignoró el consejo de sus generales y se preparó para abrir un segundo frente en el este con la invasión de Rusia. El alto comando nazi sabía que el primer año de lucha había consumido grandes abastecimientos de combustible y municiones. Incluso el caucho, necesario para todo, desde llantas hasta botas de combate, se estaba agotando, y una guerra de dos frentes implicaría de-

mandas exponenciales de recursos. Hitler exigió que Farben garantizara que podía duplicar su producción de caucho y petróleo sintéticos, lo que requirió la construcción de dos nuevas megaplantas. Farben envió a dos equipos a buscar emplazamientos, uno al sur de Noruega y otro al oeste de Polonia. Ambos países estaban bajo un sólido control alemán y a salvo de un ataque aliado.

Otto Ambros, de treinta y nueve años, un químico de Farben ampliamente reconocido como experto en caucho sintético, había supervisado la construcción de la primera gran planta de caucho de la empresa en Schkopau, al este de Alemania. Después de visitar Polonia, Ambros regresó a la oficina central en Fráncfort con la noticia de que había encontrado el sitio ideal para construir ambas plantas. Se trataba de la Silesia polaca, cerca del cruce de tres ríos. La producción de caucho y petróleo sintéticos requería de enormes suministros de agua por la química de alta presión que implicaban ambas tecnologías. Tres líneas ferroviarias abastecían la zona. No estaba lejos de la carretera y en un radio de 33 kilómetros se hallaban grandes distritos mineros. Otra ventaja, argumentó Ambros, era que se encontraba muy cerca de las caballerizas abandonadas que los nazis estaban convirtiendo en campo de concentración. Ello significaba que Farben podía tener acceso a una mano de obra forzada constante y barata.[19]

Los colegas directivos de Ambros rápidamente ratificaron el sitio, a lo que siguió la aprobación por parte del Tercer Reich. Farben decidió utilizar el nombre del pequeño pueblo polaco vecino a las instalaciones de la nueva división corporativa: I.G. Auschwitz.[20]